

fuego del cielo

A

fuego del cielo

BETHANY FRENETTE

Traducción de Elizabeth Casals

Frenette, Bethany

Fuego del cielo / Bethany Frenette. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. : El Ateneo, 2015.

336 p. ; 23 x 16 cm.

Traducción de: Elizabeth Casals.

ISBN 978-950-02-9852-0

1. Literatura Infantil y Juvenil Estadounidense. I. Casals, Elizabeth, trad. II. Título.

CDD 813.9282

Fuego del cielo

Título original: *Fire Fall*

Copyright © 2015 by Bethany Frenette

Traductora: Elizabeth Casals

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2015

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneco.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición: octubre de 2015

ISBN 978-950-02-9852-0

Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,

Comandante Spurr 631, Avellaneda,

provincia de Buenos Aires,

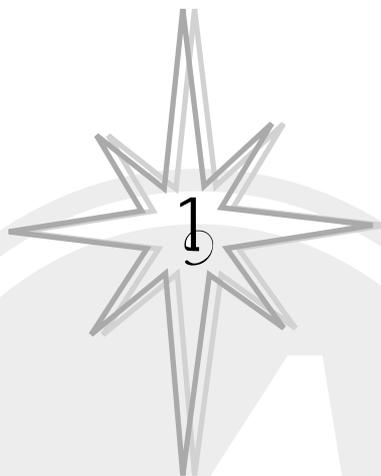
en octubre de 2015.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.



*Para mi papá,
que me enseñó muchas
cosas sobre la imaginación
(y me incentivó
siempre a usar
la mía)*



En el profundo crepúsculo que caía sobre la ciudad, una única estrella se encendió de rojo.

La primera vez que la vi, pensé que era un avión. Observé la luz durante un momento, esperando que parpadeara y continuara su rumbo en el cielo, marcando un camino por encima de los edificios a nuestro alrededor. Sin embargo, la luz no parpadeó, No titiló ni se apagó. Siguió encendida, como una llama diminuta de color carmesí en un cielo totalmente azul y límpido.

Tink, que había seguido caminando, se detuvo y se dio vuelta para mirarme. Torció la cabeza y me miró con curiosidad.

—¿Por qué te detienes?

Volví a mirar el cielo. El firmamento nocturno estaba despejado, amplio y vacío en contraste con el brillo de las

luces del centro de la ciudad. La estrella desapareció, la pequeña llama se extinguió.

—¿Viste eso? —le pregunté.

—¡Otra vez! —se quejó Tink. Examinó la calle, mientras daba una vuelta en un pequeño círculo, con las manos apoyadas en las caderas. Enarcó las cejas e inquirió—: ¿Qué se supone que debo ver? ¿Una ardilla? ¿Otro gato debajo de un automóvil?

Tres cuadras atrás la había hecho detenerse para investigar un par de ojos que brillaban entre las ruedas de una camioneta estacionada. Cuando me puse en cuclillas y estiré la mano debajo del vehículo, un gato salió corriendo en medio de una serie de bufidos y luego desapareció detrás de una cerca.

Me encogí de hombros.

—Bueno, pero ese podría haber sido un atormentador.

Tink me miró, exasperada.

—Uno pequeño —sugerí.

—Estoy empezando a lamentarme de haberte traído conmigo —replicó con fastidio.

—No eres la única. —Me detuve otra vez, escudriñando el cielo, que comenzaba a oscurecerse. Entre los techos de los edificios solo podía verse el cielo. La estrella roja, o fuera lo que fuere, no volvió a aparecer—. Todo esto es muy emocionante, pero debo admitir que pensé que ser guardiana iba a ser un poquito más... entretenido.

Pero eso no era estrictamente cierto. Cuando Tink se convirtió en guardiana y yo no, me había puesto bastante

celosa; sin embargo, durante los meses que siguieron, también vi suficientes demonios como para saber que, para ser elegida para luchar contra ellos, se necesitaba algo más que poderes o defender a las personas indefensas. No era una mera cuestión de superhéroes y secretos. Ser guardiana significaba proteger, pero también implicaba dolor y muerte. Yo lo sabía; había sido testigo de varias muertes... y yo misma había matado. E incluso antes, mi madre había dedicado infinidad de horas a advertirme sobre los peligros que acompañaban a quienes eran convocados.

Sin embargo, nadie se había molestado en mencionar la única razón que de verdad me habría desmotivado: que era muy aburrido pasar las noches de los sábados de patrulla.

—Entretenido —repitió Tink, arrugando la nariz mientras me miraba.

—¿Glamoroso?

—¿De verdad quieres que nos ataquen?

—Bueno... no —respondí. Aunque en las últimas semanas no me había cruzado con ningún demonio, no tenía ninguna prisa para que esa situación cambiara.

—Porque yo estoy perfectamente conforme con estar aburrida —agregó Tink—. Si por mí fuera, todos los atormentadores podrían volver arrastrándose al inframundo y quedarse ahí. —Y continuó caminando.

Me apresuré para alcanzarla. La calle estaba tranquila, atestada de automóviles estacionados y edificios amontonados. Algún que otro árbol daba a la avenida un matiz verde. En medio del silencio oí una melodía que provenía de

una ventana abierta. Una luz amarilla se filtraba a través de las persianas y cortinas. El aire estaba cálido y pegajoso, tan espeso que bien podríamos haber nadado en él. Un mosquito se posó en mi brazo y lo maté de un golpe, dejando una diminuta mancha rojiza que limpié sobre el hombro de Tink sin que ella se diera cuenta.

Hacía más de dos horas que caminábamos por las afueras del centro de Minneapolis, y hasta el momento los únicos encuentros que habíamos tenido, aparte del gato, habían sido un grupo de muchachos preadolescentes que nos gritaron comentarios obscenos, un perro que husmeaba en la basura y un hombre con el torso desnudo y rojo por el sol, que se acercó a nosotras tambaleándose desde un callejón. Tink se había asustado tanto que dio un salto y gritó, pero resultó ser un simple borracho que quería fuego para su cigarrillo. El grito asustó al hombre de tal manera que volvió tambaleándose a su callejón.

Tink todavía se sentía avergonzada por el incidente. Cuando dimos vuelta a la esquina, cruzó los brazos sobre el pecho y dijo:

—¿Por qué será que los que fuman andan siempre por ahí pidiendo fuego? ¿No deberían traer su propio encendedor?

—Quizá dejó el encendedor en el mismo lugar donde se olvidó la camisa.

Tink suspiró.

—¿Lo ves? No estoy hecha para esto. Si ese tipo hubiese sido un atormentador, es probable que me habría orinado encima.

—Por lo menos nadie se daría cuenta de eso —observé.

Tink siempre iba vestida de negro: camiseta de manga larga, pantalones, incluso los zapatos y las medias, todo negro. Como a los guardianes no los afectaban los extremos de temperatura —una característica muy útil, teniendo en cuenta el clima de Minnesota—, parecía perfectamente cómoda, mientras que yo, que iba con pantalones cortos y camiseta sin mangas, sudaba a mares. Tironeé de la manga de Tink.

—¿No crees que tu ropa nos hace ver un poquitín sospechosas?

—Tu mamá recorre las Ciudades Gemelas con una chaqueta con capucha y una estrella blanca gigante en la espalda —señaló Tink.

—Sí, pero mamá es... mamá. —Aunque suponía que, si Tink iba a ser una superheroína adolescente, podría esforzarse por parecerlo. —Al menos podrías ser un poco más creativa —agregué—. Quizá podríamos buscarte un traje, ahora que ya eres una guardiana oficial. Algo, por ejemplo, que no sugiera que tu intención es robarle a la gente y asesinarla mientras está durmiendo. —Como a Tink le encantaban los brillos, bien podíamos encontrarle una varita mágica y pegarle alas a la espalda.

Sin embargo, antes de poder siquiera sugerirlo, me fulminó con la mirada.

—En primer lugar, por favor recuerda que ahora puedo darte una paliza. En segundo lugar, no soy una guardiana oficialmente. Esto es solo una prueba.

Su quinta prueba, para ser más exactas. Ya había estado de patrulla: dos veces con su entrenadora, Camille, y otras dos veces con el señor Álvarez, el líder de los guardianes. Tanto una como el otro habían sido tan autoritarios que Tink juró que la única manera en que continuaría sería si la dejaban sola. Pero resultó que no demasiado sola, ya que me había arrastrado a mí para que la acompañara. A mi mamá no le había gustado mucho la idea de que yo saliera de patrulla, pero tanto ella como el señor Álvarez habían terminado por aprobar el plan.

—Tarde o temprano vas a tener que tomar una decisión —comenté—. A menos que tengas pensado estar a prueba hasta los sesenta años.

—No lo sé. De ese modo aumentaría mis posibilidades de siquiera vivir hasta los sesenta años.

No encontré respuesta para ese comentario. Ser guardián era muy peligroso, y nada de lo que yo dijera iba a cambiar esa realidad. Especialmente porque yo sospechaba que el único motivo por el que el señor Álvarez había permitido que una guardiana a medio entrenar y una amplificadora a la que nadie había llamado salieran solas de patrulla era mi novio, León. León era mi guardián; él sabía si yo me metía en problemas. Si Tink y yo nos encontrábamos en una situación difícil, con seres humanos o atormentadores, León lo percibiría y vendría a salvarnos de inmediato.

Es más: se había ofrecido a acompañarnos esta noche, pero Tink dijo que se negaba a ser la tercera en discordia de su propia patrulla, así que él se había quedado en su casa,

terminando la tarea para uno de los cursos de verano que estaba tomando.

Por lo menos, en teoría. En realidad, lo único que hacía era enviarme mensajes de texto.

Tink me lanzó una mirada de irritación cuando mi teléfono sonó otra vez.

—Ya te envió como seiscientos mensajes de texto —observó.

A decir verdad, yo ya había perdido la cuenta; lo que sí sabía era que ese número era un poco exagerado. Me encogí de hombros.

—Es que está preocupado.

—¿Por qué? ¿Acaso no tiene un sistema interno de alarma para guardianes que le avisa si estás en peligro? Creí que le habías dicho que dejara de sobreprotegerte tanto. ¿No es el objetivo de todo el entrenamiento que estás haciendo?

—Sí, bueno, todavía le cuesta dejarme.

Como a León le habían encomendado mi protección, su instinto primario era mantenerme lejos de cualquier daño; por lo general, me teletransportaba ante la primera señal de peligro. Sin embargo, yo había desarrollado la capacidad para amplificar poderes, así que ya no era tan vulnerable. Nos habíamos estado entrenando juntos los últimos meses, aunque no tuvimos muchas oportunidades para poner en práctica el entrenamiento.

—Permiso. —Tink me arrebató el teléfono celular de las manos e introdujo una respuesta. Escribió: “Todavía no estoy muerta. Te haré saber si mi estado cambia”.

Me eché a reír.

—¡Vaya, con acentos y todo!

—Simplemente te ayudo a mantener una relación sana al recordarle a tu novio que eres tú quien manda.

Agité la cabeza. La idea que Tink tenía de una relación sana incluía mucho más dramatismo que mi relación amorosa. Como su propio novio, Greg, había ido a pasar dos meses junto a sus abuelos en Dinamarca, la relación intermitente que ellos tenían actualmente estaba en suspenso. Bueno, según Tink: “Le ahorro el trabajo de tener que dejarme otra vez, cuando conozca a alguna chica dinamarquesa alta y divina, de cabello perfecto y pechos de verdad”, me confesó. Pero también había espantado a varios muchachos durante el resto del verano, así que imaginé que esperaba que Greg regresara con ella después de todo. No sabía si Tink tenía la intención de informarle sobre sus nuevas actividades de guardiana, si es que volvían a ser novios; sin embargo, como conocía a Tink, sabía que, seguramente, la idea de llevar una doble vida le resultaba atractiva.

Dimos vuelta a otra esquina, donde no había tanta cantidad de automóviles. Alguien había dejado una bicicleta tumbada sobre un tramo lleno de maleza, y se veía una rayuela en la acera, dibujada con tiza verde y rosa, además de algunos corazones torcidos y las letras borrosas de lo que alguna vez había sido un nombre. Tink sacó su teléfono y buscó las instrucciones que había escrito.

—Tres cuadras más en esta dirección, y después iremos en dirección opuesta —me informó.

—¿Esta es la ruta que hiciste otras veces?

—No. Ryan cambia las patrullas todas las noches para que no parezcamos un montón de acosadores.

—¿Por qué lo llamas Ryan en lugar de señor Álvarez?

Tink hizo una mueca.

—Porque parezco una idiota, ya que soy la única guardiana que le dice “señor Álvarez”.

O quizá porque el señor Álvarez le había hablado sobre su padre, adiviné. Tink creyó durante mucho tiempo que su padre había traicionado al clan, hasta que el señor Álvarez aclaró las cosas.

Estaba a punto de responder cuando me llamó la atención un repentino haz de luz que provenía del otro lado de la calle.

Al principio, solo vi una silueta: el contorno oscuro de una figura de espaldas; el suave balanceo de una cabellera larga; la curva de un hombro; una sombra que adquiriría forma. Después hubo un movimiento. Un solo paso, y luego otro. Alguien se acercaba sigilosamente desde el otro lado de la acera, y ese alguien no era un ser humano. Entonces un Saber invadió mis sentidos. Sentí que un escalofrío ya conocido me recorría la espalda: era un atormentador.

—Detente —le susurré a Tink, tomándola del brazo.

Ella se quedó inmóvil, con el cuerpo tenso. Ambas miramos, mudas, mientras el demonio se acercaba, arrastrando los pies.

El sonido y el color dejaron de existir a nuestro alrededor. El silencio de la calle se convirtió en un silencio denso,

como si tuviera espesor. De repente, todo pareció distante: los automóviles estacionados, las casas, el zumbido de los insectos, el cielo pesado y opaco de calor. Los atormentadores confunden las percepciones, así que me dije a mí misma: “Concéntrate. Observa”. Me concentré en todo lo que fuera sólido, real: la fina tela de la manga de Tink, la acera bajo mis pies.

Observé al demonio, lo estudié. Tenía puesta su piel humana y, desde lejos, parecía una simple muchacha de rostro pálido y ovalado, con cabello rojo. Como Susannah, pensé. Susannah, que sonreía al asesinar a quien se le cruzara en su búsqueda de la remanente. Durante un segundo mi corazón pareció detenerse. “Pero Susannah está muerta... yo misma la maté”, me dije. Esta muchacha, este demonio, no era ella.

Cerré un puño y miré a Tink. No se había movido desde que vio al atormentador. Yo no estaba segura siquiera de que Tink respirara. Tenía los labios entreabiertos, y sus manos yacían inertes a cada costado; no destellaban las luces de guardiana debajo de las puntas de sus dedos.

—Tenemos que hacer algo —susurré, mientras la sacudía suavemente. Desde el otro lado de la calle, el atormentador continuaba acercándose a nosotras. Su cabello rojo se balanceaba mientras se movía.

Tink retrocedió un paso para soltarse, y luego se dirigió hacia mí. Tenía los ojos desorbitados.

—Todo esto es por tu culpa.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Deseaste que ocurriera algo entretenido.

—¿Y qué? También quisiera que me cayese del cielo un millón de dólares, pero nada de eso está sucediendo, ¿o sí?

—Tentaste al destino.

Si yo no hubiese estado tan preocupada por el atormentador, me habría enfadado.

—¿Podrías echarme la culpa más tarde? ¿Por ejemplo, después de haber despachado a este demonio?

Tink vaciló. Bajó la cabeza y miró su mano izquierda, donde los primeros indicios de colores empezaban a brillar debajo de su piel, una luz tenue que era una mezcla de amarillo y violeta pálido. Sostuvo el brazo contra su pecho.

—¿Crees que podamos hacerlo entrar en razón?

Miré a lo largo de la acera. El demonio aún estaba lejos, pero la distancia se acortaba cada vez más.

—¿Te propones hacer razonar a un atormentador? ¿Cómo?

—Bueno, lo hacemos regresar al inframundo, no peleamos y nadie sale herido.

—No creo que al demonio le agrade ese plan.

Ya estaba más cerca, y podía ver la expresión en su rostro. Nos sonreía con malicia; tenía la boca abierta y sus dientes rojos relucían. Su disfraz humano era imperfecto: aquí y allá podía verse un dejo plateado debajo de su piel. Sus ojos estaban en blanco, inexpresivos.

Más allá de mi voluntad, mi Saber me reveló que este demonio no tenía la frialdad ni la astucia que había detectado en otros atormentadores. No surgió nada siquiera

parecido a un pensamiento consciente. El demonio era todo imágenes, rápidos destellos de ruido y color. Percibí solo impresiones: un cielo manchado de sangre, el chirrido de sus garras, el cálido silbido de su aliento entre las mandíbulas cerradas. Escamas. Saliva. Había odio en este atormentador, pero sin propósito. Parecía casi un ser salvaje.

Tink también lo estaba observando. El resplandor en el interior de sus muñecas ahora se había vuelto brillante, pero aún temblaba. Sus delgados hombros se agitaron.

—¡Oh, Dios! ¿Por qué habré aceptado venir?

—Todo va a salir bien —la tranquilicé—. Voy a ayudarte. Me estuve entrenando con León, usando mi poder de amplificación.

Tink agitó la cabeza.

—No, debemos huir.

—Pero podemos lograrlo.

—No, no podemos.

Hubo algo en su voz que me hizo vacilar.

—¿Tink?

—Hay otro demonio a nuestras espaldas.

Me di vuelta. Tink no estaba dotada de Saber, pero los guardianes podían percibir a los atormentadores, y ella había detectado a otro, que estaba más lejos, pero se movía con rapidez. Y no estaba disfrazado de ser humano, no tenía una piel que ocultara su forma. Su brillo plateado reflejaba la luz mientras corría. Las garras rojas chocaban contra la acera, raspaban y chirriaban.

—Está bien —concluí—. Esto no me gusta nada.

Volví a darme vuelta. Desde la otra dirección, el demonio-muchacha seguía acercándose con sigilo. Parecía estar murmurando algo, susurrando, rogando; sus sonidos ásperos y discordantes no llegaban a ser palabras, pero me hicieron estremecer.

El miedo me ahogaba y me esforcé por deshacerme de él. Tomé a Tink de la mano y la arrastré conmigo mientras me dirigía hacia el segundo atormentador.

—Este —decidí.

—¿Qué?

—León se encargará del otro. —Él aún no había aparecido, pero yo no tenía duda de que lo haría, y pronto—. ¡Vamos!

Mientras corríamos, comencé a amplificar. Desarrollé una conexión entre Tink y yo, de a poco, por medio de Saber, con momentos y recuerdos que nos vinculaban. En un instante vi una imagen de Tink riendo, con el sol reflejándose en su cabello rubio. Otra imagen: su cabeza agachada, cerrando los ojos. Entonces apareció el vínculo, como un hilo delgado que se extendía. Me inundó la fuerza cuando comencé a compartir los poderes de Tink. Sentí un calor repentino en las venas y a lo largo de la piel de mi brazo. El resplandor en la mano de Tink ahora era más intenso; los colores, vibrantes, salían despedidos en sombras de colores ámbar y ocre, azul intenso y verde esmeralda.

—Ve directo a la garganta —le dije.

—Ya sé.

El demonio se acercó hasta nosotras. Se mantuvo en cuclillas durante un momento, y luego su cuerpo se levantó de un salto, con un brazo extendido hacia adelante para atacar a Tink. Ella lanzó un chillido y eludió el golpe, echándose hacia atrás. A través del vínculo que nos unía sentí que el pánico de Tink aumentaba, pero la amplificación seguía activa. Cuando el demonio se tambaleó hacia adelante lo golpeé, obstruyendo su ataque y tratando de aferrarlo de la garganta, pero era demasiado rápido y se apartó bruscamente, fuera de mi alcance. Mis dedos solo asieron el aire. El demonio volvió a embestir.

Entonces León apareció junto a mí.

Envolvió mi cintura con su brazo y giró hacia un costado, levantándose contra su cuerpo y apartándose del camino del demonio. Con su mano libre le asestó un golpe, con tanta fuerza que lo hizo volar por el aire. Cayó desparramado sobre la calle, luego se puso en cuatro patas y nos contempló, cauteloso.

El otro atormentador ahora se encontraba mucho más cerca. Su voz silbaba, retumbaba en medio del silencio.

León me depositó sobre el suelo y puso una mano sobre mi hombro, sujetándose.

—No estoy lastimada —lo tranquilicé, mirándolo a los ojos—. De verdad. Tink y yo nos encargamos de este. Tú ocúpate de la muchacha.

Por un segundo creí que iba a discutir conmigo, pero, aunque estaba preocupado, me acarició el rostro con suavidad.

—¿Chicos? —interrumpió Tink, que estaba junto a nosotros—. No es el mejor momento para ponerse románticos.

León dejó caer la mano. Dividió su mirada entre Tink y yo, su expresión se tornó estricta y severa antes de decir:

—No corran riesgos. Procedan rápido y sin piedad.

Luego dio un paso, desapareció y reapareció un instante después detrás del demonio pelirrojo, que giró con un ruido mitad gruñido, mitad aullido.

Me di vuelta y observé a Tink. Su rostro estaba lívido. Un fino hilo rojo brotaba de su clavícula, donde una garra había rozado su piel.

—¿Estás bien?

—No —respondió, y se lanzó contra el atormentador.

Este se levantó para enfrentarla, rechazando sus golpes, mientras yo me apuraba a ayudarla. Tink asestó un golpe tras otro; su mano era una masa de colores, de luz intensa que penetraba a través del espeso azul de la penumbra. El demonio se aferró a su brazo, pero mi amiga era más fuerte que él. Lo dominó sin dificultad, aun cuando el demonio apretó las garras y le dio un zarpazo en el hombro, dejando una larga abertura en la tela, pero sin lastimarla. Tink le dio un empujón, avanzando mientras el demonio caía hacia atrás. Yo me apresuré a ayudarla.

Volvimos a atacar. Esta vez, cuando el atormentador esquivó el golpe de Tink, recibió mi ataque. La piel fría de su garganta quemó la palma de mi mano, y me invadió un Saber. Sentí el fuego de la ira del demonio, el odio que surgía de su interior, y no pude bloquearlo. Tink asió la parte de

atrás del cuello del demonio y se lo retorció. El atormentador se sacudió y luchó, pero no lo soltamos. A través de las escamas plateadas, su columna se tornó roja.

“Mátalo, termina con él”, pensé.

Sin embargo, vacilé.

Mis pensamientos se remontaron a Susannah una vez más. Vi el destello de su cabellera; oí su risa grave. Sus ojos eran vigilantes; su sonrisa, maléfica. Su vestido dorado lanzaba brillos mientras danzaba. Recordé cómo León y yo habíamos peleado contra ella hasta matarla. Reviví la sensación de su cuello partiéndose, el aliento final que se ahogaba en su interior.

Por un momento, mis dedos se aflojaron.

Fue lo único que el atormentador necesitó para soltarse, tambaleándose hacia atrás. Extendió una mano como un loco, tomó a Tink y la arrojó hacia la acera. Tink aterrizó sobre su costado a corta distancia, jadeando; el impacto se sintió como un ruido sordo que retumbó en la noche. La conexión entre nosotras se cortó.

Perdí la fuerza de mi brazo. El demonio arremetió contra mí, mostrando los dientes y rechinándolos.

León se teletransportó hasta nosotras.

—No amplifiques —me advirtió, y me rodeó con su brazo una vez más. Me sostuvo con fuerza mientras el demonio corría hacia nosotros, con garras que parecían cortar el aire. En un abrir y cerrar de ojos, viajamos hacia la nada.

La teletransportación duró menos de un segundo. Una oscuridad repentina me envolvió, sentí un vacío en mis

sentidos, y luego nos encontramos otra vez en la calle, a pocos pasos del demonio, que se dio vuelta, buscándonos; un gruñido retumbaba en su interior.

—¿Estás listo? —le pregunté a León. Él asintió.

Era más fácil amplificar con León que con Tink. Habíamos trabajado y entrenado durante meses, y nuestra conexión era más sólida. Era puro instinto, algo instantáneo. Con una mano le apreté el hombro y luego lo solté. El vínculo ardió entre nosotros, y el poder volvió a fluir a través de mis venas. Juntos, nos dirigimos hacia el atormentador.

Avanzamos sin que mediara una palabra entre nosotros. Con las capacidades de León amplificadas, el demonio parecía darse cuenta de que no podía competir con nosotros, de que lo mejor sería huir, escaparse de vuelta al inframundo, que lo aguardaba. Sin embargo, embistió contra nosotros con un arrebató de fuerza. León lo detuvo sin esfuerzo y luego lo sostuvo del cuello. Yo retrocedí un paso. Mis dedos se cerraron hasta formar un puño.

El final no tardó en llegar. León no lo soltaba y, de repente, se oyó un chasquido. El cuerpo del demonio se aflojó y cayó sobre la acera. Se quedó allí, exánime, con los ojos lechosos, fijos y sin vida.

—¿Tink? —llamé, acercándome a ella.

Tink se puso de pie ayudándose con las manos, todavía tambaleando.

—Estoy bien. Me mordí la lengua, eso es todo.

—¿Estás segura?

—Segura. ¿Qué pasó con el otro demonio?

Nos dimos vuelta al oír un grito.

A pocos metros de distancia, el demonio de cabellera roja se retorció sobre la calle. Sus piernas se sacudían hacia arriba, las garras golpeaban contra el asfalto. Su cabeza se echó hacia atrás y golpeó la acera. El demonio volvió a chillar, pero su grito fue interrumpido por una tos repentina. Un rocío de sangre voló por el aire. Luego, desde abajo, unos hilos de sombra se treparon al demonio, envolviéndolo como enredaderas oscuras, estrangulándolo. De su cuerpo salió un vapor que se elevó por el aire. Las sombras se cerraron, apretándolo hasta que quedó inmóvil sobre la calle. Se oyó un crujido escalofriante. Luego el demonio permaneció quieto. Su cuerpo perdió todo rastro de humanidad, la piel se desvaneció hasta transformarse en escamas. Su rostro se cubrió de un color carmesí, un reguero pegajoso resbaló de sus ojos y de su boca.

Tink se tapó la boca con la mano y retrocedió.

—¡Aj! ¡Qué asco!

Estuve de acuerdo con ella: Se me revolvió el estómago. Dejé de amplificar y me dirigí a León.

—¿Qué fue lo que le hiciste?

—Eso, no. Al menos, eso creo. La lastimé, pero...

Un hedor tan fuerte a podrido llenó el aire, que sentí arcadas. Entonces el demonio desapareció, su cuerpo fue recuperado por el inframundo. Una voluta de humo ascendió en espiral desde la calle. Junto a nosotros, el otro atormentador también desapareció, dejando una

fina mancha de sangre en el lugar donde había estado tendido.

El inframundo nunca quedaba satisfecho, pensé. Era tan insaciable, que se alimentaba de los suyos.

Me abracé a mí misma, sintiendo un escalofrío a pesar del calor agobiante.

A nuestro alrededor, por fin cayó la oscuridad. Salieron las estrellas, como diminutos puntos de luz clara, no del rojo profundo que yo había visto antes. La luna era una esbelta media luna colgada en el cielo, de un color anaranjado opaco. A lo largo de la calle, sentí el silencio producido por los atormentadores, la calma que sobrevenía cuando ellos nublaban los sentidos. Pero los atormentadores estaban muertos. La calle estaba vacía, aunque no parecía vacía. Parecía que algo estaba... mal.

Una única palabra quebró el silencio.

—Audrey...

Una voz que, a lo lejos, hacía eco.

—Audrey...

Me di vuelta con rapidez.

Busqué a alguna persona y solo vi la calle. El silencio se desvaneció y fue invadido por sonidos: el tráfico cercano, la risa de una persona, una sirena policial en la distancia. Sin embargo, no volví a oír la voz; no pude descubrir su origen. Estábamos solos: no había nadie, y todos los automóviles estaban sumidos en la oscuridad.

—Chicos, ¿oyeron eso? —pregunté, esforzándome por escuchar, de pronto temerosa, más de lo que había estado

ante la aparición de los atormentadores. La voz me había sonado conocida. Ya la había escuchado antes; estaba en mis recuerdos. Y, a veces, en mis pesadillas.

León frunció el entrecejo.

—¿Si oímos qué cosa?

—¿Es otro atormentador? —preguntó Tink—. Por favor, dime que no es otro atormentador.

Agité la cabeza.

—No, es...

Me callé; no quise pronunciar su nombre en voz alta. Me di vuelta otra vez; busqué entre las sombras a lo largo de la calle, en los espacios oscuros entre las casas. Al final de la calle, una puerta mosquitera se abría y cerraba. De pronto oí el ladrido agudo de un perro, pero no hubo ningún otro movimiento. Utilicé mi Saber, pero no percibí nada. Ella se había marchado, si es que alguna vez había estado ahí.

—¿Qué estás buscando? —quiso saber Tink.

Una larga cabellera oscura, pensé. Un collar de plata adornando el cuello en que terminaba un rostro que yo conocía, que olía a rosas. Cerré los ojos, soltando el aliento.

—Nada —respondí.

Sin embargo, lo que estaba pensando era: “A Iris. Busco a Iris”.



Apenas el pensamiento adquirió forma, lo rechacé de plano. Nadie había visto a Iris ni tenido noticias de ella desde fines de diciembre, hacía más de seis meses. Se la había tragado el inframundo y no iba a regresar. Hasta su hermana, Elspeth, había casi dejado de nombrarla.

Me dije que lo había imaginado; no había existido ningún sonido en medio del silencio, nadie había murmurado mi nombre. Todo era una ilusión, una broma pesada de mi mente, como el miedo que a veces invadía mis sueños.

En los últimos tiempos había soñado a menudo con Iris. No como ella había sido, esa muchacha de ojos tristes que yo conocía, cuya profunda pena nublabá el aire que la rodeaba, cuyas sonrisas escondían secretos. Cuando ella apareció, se había convertido en fragmentos y ángulos, piezas alineadas para formar un cuadro diferente. Ya no

era mi prima ni pertenecía al clan; ni siquiera era un ser humano. Sus dientes eran rojos; su mirada estaba vacía. En mis sueños, Iris se transformaba y tenía el rostro de Susannah.

Las dos personas se habían fundido en una, en un solo cuerpo, en un solo ser, que cambiaba de forma con cada haz de luz. Estaban de pie sobre la nieve en la cima de torre Harlow, con un cuchillo en la mano, la cabellera al viento, de repente color negro azabache y un instante después, brillante como el fuego. Un niño yacía inconsciente a sus pies. “La bestia en su interior está dormida”, se burlaban. Sus risas resonaban en el aire. De repente, tuve su garganta entre mis manos y la apretaba.

Me despertaba con una sensación de pánico, bañada en sudor. Lentamente, me obligaba a tranquilizarme, me decía a mí misma que eran solo pesadillas, pero aun así me quedaba preocupada, tenía miedo. Porque Susannah estaba muerta, pero quizás Iris no lo estuviera. Y ese precisamente era el problema.

Iris sabía, sí, ella sabía lo que había ocurrido con Gideon.

No, volví a repetirme. Iris había desaparecido. Ella no era nada.

Ahora, con esfuerzo, dejé caer mis manos a los costados. Escudriñé mi entorno una vez más, aunque más no fuera para tranquilizarme. Percibí un movimiento al final de la calle, pero era una niña en bicicleta que esquivaba una pelota de fútbol que alguien había dejado en la calle. Las luces de Minneapolis brillaban a nuestro alrededor, alejando

a la oscuridad. En la distancia, sonó la bocina de un automóvil.

A mi lado, León y Tink conversaban sobre qué debían hacer ahora. Tink fruncía el ceño y se frotaba el codo, que debió de haberse lastimado al caer.

—Se supone que debemos informar a Ryan cada vez que hay un ataque —decía—. La fecha, el lugar y una descripción detallada del incidente.

León la miró y pestañeó. Como, además de ser mi guardián, León era el adlátere de mi mamá, la mayoría de sus patrullas eran en compañía de ella, y mi mamá no informaba nada a nadie.

—¿De verdad?

—De verdad. De ese modo puede monitorearlos.

—¿Qué dices, que lleva una especie de planilla de avisamiento de demonios? —quise saber.

—¿Te sorprende?

—No —admití, echándome a reír. Verdaderamente el señor Álvarez no podía resistir el impulso de dar tarea. Me sorprendía que no tomara examen sobre la técnica adecuada para pelear contra los demonios. Aunque, ahora que lo pensaba, quizá sí lo hacía.

Antes de que pudiera preguntarle algo a Tink, esta sacó su teléfono, lo observó un rato y luego se lo dio a León.

—Llama tú. No tengo ganas de hablar con él. —Sin esperar respuesta, se dio vuelta y fue a sentarse sobre el borde de la acera, a pocos metros de distancia, con las piernas apretadas contra el pecho.

Fui a sentarme junto a ella luego de patear un guijarro que había en la calle, que salió volando, rebotó a poca distancia y desapareció debajo de un automóvil.

Tink encogió los hombros.

—No me preguntes si estoy bien.

—De acuerdo.

Pero vacilé. Tink tenía miedo, y razones no le faltaban.

Aunque esta noche sus heridas habían sido superficiales, no tenía garantías de sobrevivir a la próxima lucha, o a la siguiente. Observé la herida de su clavícula, que ya empezaba a cicatrizar. El desgarrón de la manga se había agrandado, dejando al descubierto su hombro. No quería mirarme, pero la parte que veía de su rostro estaba empapada en lágrimas.

Cuando Tink me contó que la habían convocado, no entendí su reticencia. En ese momento, lo que yo más deseaba era ser guardiana. Pero ese deseo cambió la noche en que, con León, matamos a Susannah. Ahora ya no sabía qué era lo que quería. Todavía había posibilidades de que me convocaran, pero cada vez parecía menos probable que lo hicieran. Yo ya había cumplido diecisiete años, y aunque algunos guardianes eran convocados al filo de los veinte, lo más común era ser llamado a los quince o dieciséis años.

Me incliné hacia atrás y observé el cielo.

—Lo hiciste —le dije—: peleaste, no te escapaste.

Tink habló con voz calma.

—No hice nada.

—No es verdad.

—No, tienes razón. Lo mío fue peor que ser inútil.

—Estamos vivos, no nos lastimaron... ¡y no te orinaste encima! —Hice una pausa y volví a mirarla—. ¿O sí?

—No me causa gracia. —Sin embargo, se echó a reír y se limpió las lágrimas del rostro.

León cruzó la acera hasta nosotros y le devolvió el teléfono a Tink.

—Quiere hablar contigo.

Ella resopló, pero se puso de pie de un salto y tomó el teléfono.

Me paré frente a León, observándolo para ver cómo estaba. No tenía cortes visibles en la ropa o la piel, ni tampoco hematomas, aunque sí había una pequeña mancha de barro en la mandíbula. Su cabello castaño oscuro estaba despeinado, y algunos mechones se habían enrulado en forma caprichosa. Él me observaba con el ceño un poco fruncido; sus ojos azules me miraban con preocupación. Me eché a reír cuando me di cuenta de que me estaba controlando como yo lo controlaba a él.

Levanté las manos en el aire y di una vuelta en círculo.

—Ni un rasguño. ¿Y tú?

Él negó con la cabeza, sonriendo.

Me acerqué y lo abracé.

—Gracias por la ayuda. Y por no dejarme tirada en mi cama y desaparecer.

—No lo vas a olvidar nunca, ¿verdad?

—No.

Por un momento, su sonrisa se agrandó, pero luego volvió a ponerse serio.

—Audrey... —Él quería hablar sobre mi pelea con el atormentador, supuse. Pero yo no. Todavía no.

—¿Podemos hablar más tarde? —pregunté, alejándome de él. Me di vuelta y miré el brillo del firmamento.

Tink seguía hablando con el señor Álvarez. No podía oír sus palabras, pero no parecía feliz. Me pregunté si habrían ocurrido más ataques. Aunque no se habían producido muchos incidentes desde la muerte de Susannah hacía tres meses, los guardianes continuaban buscando al resto de sus seguidores: atormentadores más débiles, que ella había traído del inframundo y otros rezagados que habían estado bajo su dominio durante algún tiempo. Los dos demonios con los que habíamos peleado esta noche debían de pertenecer a las huestes de Susannah. No parecían tener fuerza suficiente para romper el círculo astral por sí solos, la barrera que protegía a nuestro mundo del inframundo.

—Está bien —respondió Tink un minuto después, antes de guardar su teléfono en el pantalón—. Oficialmente esta patrulla se terminó.

—¿Quieres venir a mi casa? —la invité. Su madre, que era enfermera de emergencias, estaba de guardia esa noche; su apartamento estaría vacío.

Tink suspiró, cerrando los ojos un instante.

—Lo único que quiero es volver a casa. —Como su automóvil estaba estacionado a varias cuadras de distancia, León se ofreció a teletransportarla. Volvió a aparecer frente

a mí un momento después, luego me tomó de la mano y me atrajo hacia sí. Pasó un segundo de espacio vacío, en el que solo hubo oscuridad y una agradable frescura sobre mi piel, y enseguida estábamos en la entrada de mi casa.

León encendió la luz del vestíbulo mientras yo me quitaba los zapatos con alivio.

—¿Tienes hambre? —me preguntó.

Tink y yo habíamos comido una cena ligera antes de salir de patrulla, pero la pelea había agotado todas mis energías. Lo miré sonriente.

—¿Vas a cocinar?

—Te haré un sándwich.

—Prefiero una tortilla.

—¿A esta hora? Son las diez de la noche.

—¿Y qué? ¿Es raro?

León sacudió la cabeza y se dirigió hacia la cocina.

La casa estaba a oscuras y hacía calor. El aire acondicionado había vuelto a descomponerse, así que fui de una habitación a otra para abrir ventanas y encender ventiladores. Una polilla chocó contra el mosquitero en el salón, dejando una película de polvo sobre la malla. Me detuve frente a la ventana y miré hacia el patio.

Afuera, el aire olía a césped cortado y humedad. Las farolas de la calle echaban sombras sobre el césped, tiñendo todo de gris y verde. Al final de la calle, un haz de luz atravesaba la oscuridad y luego desaparecía. Quité la polilla con un dedo y salió despedida hacia la noche pegajosa. Luego me dirigí a la cocina y me quedé en la puerta, observando a León.

Oficialmente, él ya no vivía con nosotras. Tenía su propio apartamento diminuto en el campus de la Universidad de Minnesota, ya que a mamá no le parecía bien que yo viviera bajo el mismo techo que mi novio. No importaba que él fuera capaz de teletransportarse a casa cada vez que quisiera o que, de todas formas, siempre estuviera aquí; era una cuestión de principios, decía mamá. Por mi parte, no le dije que ahora pasábamos la mayor parte de nuestro tiempo besándonos en el apartamento de él. Además, no teníamos que preocuparnos de que mamá nos interrumpiera, como había sucedido en más de una bochornosa ocasión. A causa de esos episodios había tenido que pasar más vergüenza: poco después de que León y yo empezáramos a salir, mi mamá me sometió a una conversación memorable, durante la cual me dijo que el sexo era saludable siempre y cuando fuera seguro, y que no hiciera nada hasta estar preparada. Yo había decidido tomar anticonceptivos, y aunque todavía no estaba preparada, mientras tanto me divertía.

León me miró por encima de su hombro cuando entré en la cocina.

—¿Qué quieres que le ponga a la tortilla?

—De todo.

Mi novio se desempeñaba mejor con los productos panificados que con la cocina, así que decidí ayudarlo. Busqué en el refrigerador hasta encontrar un pimiento verde, que llevé a la mesada para cortar. León se había arregangado y estaba ocupado cortando un tomate en cubos. Junto a él había una pila de ingredientes: un bloque de

queso cheddar para rallar, media cebolla en una bolsa de plástico y un puñado de champiñones. Por las hortalizas teníamos que agradecer a Mickey, el novio de mamá. Él había sugerido que mamá, cuyas cenas por lo general consistían en comidas enlatadas, a menudo se olvidaba de ir de compras, y cada vez que pasaba por casa traía una bolsa de comestibles.

Saqué la enorme tabla para cortar de madera de un cajón y puse el pimiento verde encima, pero no me puse a trabajar enseguida, sino que me dediqué a escuchar el silencio de la cocina. Los únicos sonidos eran el zumbido del ventilador de techo y el ritmo del cuchillo en manos de León. Lo miré y fruncí el ceño. Estaba callado, concentrado, pero yo no confiaba en ese silencio. Aunque nunca podía leerlo con mi Saber, no necesitaba ninguna aptitud psíquica para adivinar sus pensamientos. Otra vez iba a sacar el tema de la pelea con los atormentadores. En este momento era probable que estuviera reproduciendo mentalmente el ataque, cada detalle, cada acción y reacción: los movimientos de los atormentadores, los suyos propios, los míos; cuando Tink chocó contra la acera y el demonio la atacó.

Pero yo no estaba preparada para hablar de eso. Era bien consciente de que mi vacilación nos había puesto en peligro a mí y a Tink. Y si León no lo sabía ya, pronto lo sabría. En cualquier instante iba a darse cuenta.

A menos que lo distrajera.

Sin hablar, crucé la cocina hasta quedar junto a él, que interrumpió su tarea para mirarme.

—¿Sí, señorita?

—Hola.

León sonrió.

—Hola.

Lo miré durante un momento. Era alto y delgado —yo le decía “desgarbado” cuando estaba enojada, y “larguirucho” cuando no lo estaba— y siempre iba bien vestido. Esta noche llevaba una camisa blanca y gris abotonada hasta el cuello y una corbata azul oscuro. Aunque no tenía puesto chaleco (una lástima, pensé, porque los chalecos le quedaban muy bien) y todavía estaba despeinado por la pelea, de algún modo lograba aparentar que había pasado la noche en algún evento de la alta sociedad, en lugar de estar peleándose con demonios. Se había lavado la mancha de barro de la cara y parecía muy pulcro, pero...

León me miró con suspicacia.

—¿No ibas a ayudarme?

—Tengo una idea mejor.

—¿Debería preocuparme?

Apoyé un dedo en mis labios y aparenté estar examinando su camisa.

—Oh, oh, veo una arruga —dije, tocando el pliegue culpable con mi pulgar. Antes de que pudiera responder, tomé el frente de la camisa y la saqué de sus pantalones—. Quizá deberías sacártela y plancharla.

León observó la arruga y luego a mí. Al principio no reaccionó ni habló, sino que se quedó observándome. Luego,

lentamente, esbozó una sonrisa de pura picardía. Enarcó una de sus cejas y se aflojó la corbata.

Y luego desapareció.

Me quedé mirando el espacio donde había estado, que ahora estaba ocupado por puro aire y el horrible empapelado de la cocina. El ventilador siguió zumbando en el techo. El reloj del vestíbulo dio la hora.

Sabía exactamente adónde había ido. Ya que, por experiencia, sabía que con llamarlo a los gritos no iba a obtener el resultado deseado, contuve el impulso. En cambio me puse muy seria, aparté a un costado los ingredientes y me subí a la mesada. Allí me quedé, con los brazos cruzados, y esperé.

Volvió a aparecer alrededor de un minuto después, vestido de manera impecable, con una camisa nueva y sin arrugas, casi idéntica a la anterior. Su corbata estaba otra vez en la posición correcta. Incluso se había vuelto a arremangar y seguía sonriendo.

—No puedo creer lo que acabas de hacer —le reproché, fulminándolo con la mirada—. Qué manera de equivocarte.

Me lanzó una mirada inocente.

—¿Por qué?

—Tú sabes por qué —respondí mientras entrecerraba los ojos, enojada—. Abusaste de tus poderes.

—Fue por una buena causa.

—¿Y cuál fue esa causa? ¿Hacerme enojar?

—Eres linda cuando te enojas.

Me moví para golpearlo en el hombro, pero atajó mi puño, empujó mi otra mano hacia la mesada y me besó.

De inmediato me incliné hacia él y lo besé. Todavía tenía mi mano derecha cautiva, pero levanté la izquierda y acaricié su pecho. Debajo de mis dedos pude sentir el latido de su corazón, el calor de su piel. Con cuidado, suavemente, probé cada uno de los botones de su camisa hasta que encontré uno que parecía flojo. Mis dedos se cerraron sobre él y di un tirón rápido y fuerte. El botón se soltó y quedó en mi mano.

León se apartó para mirarme.

—¡Uy! —exclamé con tono inocente.

—¿Hay alguna razón para que ahora te dediques a provocar daños a la propiedad?

—Deberías haberlo pensado mejor antes de frustrar mi voluntad.

Bajó la cabeza y miró la abertura que había quedado, que dejaba ver su camiseta.

—Supongo que ya aprendí la lección.

—Eso creo. —Dejé el botón a un costado—. Te lo volveré a coser.

—Eso tengo que verlo.

La boca de él volvió a encontrar la mía. Esta vez me besó con más fuerza, reteniendo mis manos y sosteniéndolas contra la mesada. Al no poder abrazarlo ni acariciarlo, concentré toda mi atención en el beso. Me acerqué todavía más a él, tratando de acortar el espacio que nos separaba. Durante un minuto me mantuvo aferrada, pero luego

su mano subió por mi espalda y se deslizó por debajo de mi camiseta. Sentí los dedos calientes sobre mi piel desnuda. No me di cuenta de cuál era su objetivo hasta que, con habilidad, desenganchó el broche de mi sostén. Luego sus dos manos subieron hasta mis hombros. Todavía besándome, deslizó las tiras de mi camiseta a lo largo de mis brazos, liberando primero uno y luego el otro brazo, y después quitando totalmente el sostén.

Cuando interrumpió el beso y se apartó, mi sostén colgaba de su pulgar. Con su otra mano deslizó el botón de su camisa por la mesada hacia mí.

—Bonito trofeo —comentó—, pero el mío es mejor.

Parecía muy satisfecho de sí mismo, decidí. Lo miré enarcando las cejas.

—Mamá te va a matar si te sorprende desvistiéndome en la cocina.

—Tú empezaste.

Traté de echarle una mirada aleccionadora, pero en cambio se me escapó una risa. Él volvió a sonreír, luego dejó mi sostén sobre la mesada junto a su botón, me atrajo hacia él e interrumpió mi risa con un beso. Probablemente habría seguido besándome durante un buen rato si mi teléfono no hubiese comenzado a sonar.

Por el sonido supe que era mi mamá, así que pensé en ignorarlo, pero León me liberó y dio un paso atrás.

—Es mamá —dije. Tomé su mano y entrecrucé mis dedos con los suyos—. Juro por Dios que tiene un radar de besos o algo parecido.

—¿No vas a contestar?

—Estoy ocupada.

—Va a llamarme a mí si tú no respondes.

—Tú también estás ocupado.

Pero León, como no podía ser de otra manera, se apuró a responder el teléfono cuando mi mamá lo llamó un segundo más tarde.

—¡Obsecuente! —murmuré, mientras desenredaba nuestras manos y bajaba de la mesada.

Caminé hacia la ventana, me incliné sobre el mosquitero y miré hacia la oscuridad. La noche había refrescado un poco, pero lo que realmente necesitábamos era lluvia, pensé. Una gran tormenta que viniera y limpiara toda la humedad del aire. O por lo menos que hiciera descender la temperatura.

Estaba a punto de volver a mi pimiento verde cuando León terminó de hablar.

—Audrey... —dijo con tono preocupado, rozándome el brazo.

—¿Qué sucede?

Sentí un estremecimiento de miedo. No fue un Saber precisamente, sino una sensación de intranquilidad, que las próximas palabras de León no hicieron nada por disipar.

—No debes preocuparte —se apresuró a decir.

—Bien. —Entrecerré los ojos—. Si querías que me preocupara, lo lograste.

Me miró compungido.

—Podríamos haber evitado esto si hubieses respondido tu teléfono.

—¿Podríamos haber evitado qué cosa?

—Que yo intentara darte la noticia con delicadeza.

—Y fracasaras de manera espectacular —insistí, cada vez más asustada. Lo tomé del brazo—. ¿Le sucedió algo a mamá? ¿Hubo otro ataque? ¿La lastimaron?

—No, Lucy está bien.

—¿Podrías decírmelo de una vez?

—Es Esther —respondió—. Está en el hospital.

